

¿Hay algo de gracioso en la guerra, en los estragos de las bombas, en los heridos y cadáveres que se multiplican en Irak? A raíz de una emisión del programa “La otra verdad”, difundido por América Noticias, que incluyó dos segmentos que parodiaban este contexto, el presente artículo reflexiona sobre una actitud que promueve la indiferencia ante el sufrimiento y la impunidad.

¡TAN GRACIOSA LA GUERRA!

América Noticias se difunde por cable y llega a casi todos los países latinoamericanos a través de un canal denominado Río de la Plata Televisión. La noche del miércoles 15 me tocó presenciar en Quito, Ecuador, un programa llamado “La otra verdad”, que incluyó dos segmentos dedicados a reírse de algo tan pero tan divertido como la guerra en Irak.

En el primero, un miembro del trío de conductores anuncia al compás de risas grabadas que tiene acceso directo a un canal de televisión denominado Sadam TV. Se pone en marcha una supuesta conexión y aparece una mujer de nuestro país vestida a la manera árabe, quien anuncia la presentación de los cambios culturales producidos por la caída de Hussein. Aparecen en pantalla otros “actores” mal disfrazados riéndose a carcajadas de una versión de los Simpson en la cual Lisa luce un velo negro; luego una banda de rock pesado frente a la cual una mujer mayor, vestida de negro, baila frenéticamente; por último un grupo de hombres miran una película de Rocky y apuestan entre gritos y euforia por el ganador de la pelea en la pantalla. Sin tregua estallan, como acompañamiento chistoso, risas agudas, de éstas a las cuales acostumbró la producción de Tinelli a todo el país a lo largo de años.

La segunda secuencia pretende responder a la pregunta ¿dónde está Sadam Hussein? Primero una imagen de Bagdad con llamas a la distancia y ruinas, la voz en off formulando la pregunta; a continuación un payaso de bigotes gruesos, vestido con ropa verde oliva, aparece en una calle de Buenos Aires, mientras el locutor lo identifica como Sadam, dedicado ahora a limpiar vidrios. El payaso se acerca a algunos automóviles, sigue una exhibición de habilidades sobre un tablero para generar luces y acompañar música, y en disparos con un fusil frente a una máquina de juegos electrónicos. La voz en off dice que el tal Sadam fue visto en un restaurante y el payaso aparece ahora con un grueso habano hablando con tono de árabe que no se ha apropiado bien del castellano. El payaso se refiere al mundillo televisivo y las risas estallan por todas partes. Fin de la secuencia, la cámara vuelve al trío que se retuerce de risa, acompañado por las risas grabadas. ¡Tan gracioso todo! Sadam Hussein libre y muerto de gusto por las calles de Buenos Aires.

¡Tan gracioso todo! La guerra, las bombas, los hospitales colmados de heridos y cadáveres, los museos saqueados, los restos del compatriota periodista todavía no repatriados, la ruptura de un orden internacional que de alguna manera contenía la barbarie de las armas inteligentes, las marchas multitudinarias a lo largo y ancho de la Tierra.

De todo esta agresión a nosotros los televidentes y a las víctimas de la guerra, lo que más me golpeó fue la primera secuencia. Ayer, viernes santo, una multitud salió a las calles de Irak a orar y a reclamar por la salida de las tropas invasoras. La dignidad de los rostros, el llanto de los hombres en las mezquitas, no tiene nada que ver con ese indigno juego de adhesión a programas televisivos, al compás de risas grabadas. Demasiado vimos en estos días a las mujeres de negro clamando por sus muertos, para tener que soportar a estos payasos mostrando a una bailarina desaforada con idéntica vestimenta.

Llamo *payasos* a todos quienes participaron de este desatino. Los tres conductores del programa caen de lleno en esa caracterización. Son tan burdos, tan responsables como los otros. Todo el programa es un desfile de agresiones sostenidas por las risas grabadas, organizado con la pretensión de parecer chistoso y de hacer reír.

Llevamos demasiado tiempo alimentados de modo cotidiano por una televisión empecinada en tomarse a la risa lo trágico, en llenar de trivialidad los momentos más terribles de nuestra historia, en sembrarlo todo de burla. Admira la capacidad del medio de traer a escena sin tregua a estos tipos capaces de carcajearse de la vida y de la muerte, de llevarse por delante de manera indigna a quien se les ocurra, como si la sociedad toda, a escala nacional y planetaria, fuera la arena de un circo del cual se han adueñado para siempre los payasos.

Me pregunto, a esta altura de la reflexión, si soy justo con la figura del payaso, ésa que nos encanta en las calles de la ciudad o en los espectáculos dignísimos de los circos ambulantes que hemos amado desde nuestra niñez. Si mantengo la palabra para referirme a estos sujetos, debo añadir a ella que se trata de pésimos payasos escudados en la burla, en el poder de los medios de arrojarlos basura impunemente, en la poca organización de la sociedad civil para poner freno a estos despropósitos, a estos insultos a nuestra dignidad, con que invaden nuestra vida día a día.

Cuando a alguien se le ocurre tocar estos temas, le caen encima con la retahíla de la censura. Son preferibles algunos excesos a la mordaza del censor, nos dicen, y las cosas siguen de peor en peor. Entonces, ¿no hay manera de pararlos? ¿Todo seguirá siendo farsa? ¿No habrá límites?

Hay límites. Dejar pasar el carcajeo con la guerra es llevar demasiado lejos la indiferencia, es preparar, de a poco, gota a gota, risa a risa, indiferencias peores. No es cierto que todo vale y que de todo se pueden reír estos oportunistas, sostenidos por la prepotencia de medios sin control social.

Hay límites y hay caminos. Este, por ejemplo, el que intento con una protesta pública. Y también las asociaciones de la sociedad civil dedicadas a ejercer un necesario control, ya sea mediante debates públicos o por la formación de lectores críticos, entre otras posibilidades. Es necesario enfrentar la tiranía del rating, el todopoder de estos sujetos, desde nuestro derecho a no ser insultado por programas semejantes.

Una vieja expresión señala que la guerra es demasiado importante como para dejársela sólo a los militares. Esta triste experiencia mediática me lleva a señalar que las consecuencias de la guerra son demasiado terribles como para dejarlas libradas a las burlas urdidas desde la impunidad por estos mediocres.

Daniel Prieto Castillo
Quito, Ecuador, 19-4-03